## La escultura del silencio: Un viaje por la memoria y el arte en el Cementerio Antiguo de Zaragoza

Caminar por el Cementerio Antiguo de Zaragoza es como cruzar un umbral invisible hacia un tiempo que se resiste a ser olvidado. Desde el primer paso, las esculturas parecen susurrarnos historias esculpidas en piedra, bronce y mármol. Este viaje no es solo cronológico: es también emocional, estético y profundamente humano.

La ruta comienza en **1870**, frente al **Panteón de los Condes de Fuentes**. Su arquitectura neogótica nos traslada a una Zaragoza de nobleza y tradición. Las altas arquerías, los detalles en mármol blanco, y las inscripciones bíblicas nos hablan del poder de una familia aristocrática que quiso trascender la muerte con la solemnidad del arte sacro. Aquí, el mensaje no es personal, sino colectivo: fe, linaje, eternidad.



Símbolo del poder aristocrático en el siglo XIX

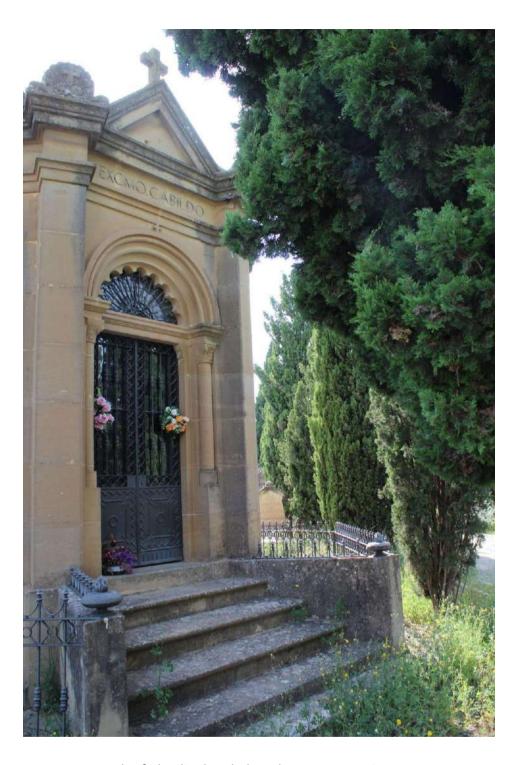


Majestuoso ejemplo del neogótico funerario

Unos pasos más adelante, en **1877**, el **Panteón del Cabildo Metropolitano** se alza con formas sobrias, octogonales, entre lo clasicista y lo neorrománico. La Iglesia, en su deseo de perpetuar también a sus propios, recurrió a un lenguaje más contenido. Sin embargo, la escultura posterior de la Virgen del Pilar, añadida décadas después por Manuel Arcón, añade una nota tierna y protectora. Es como si el arte religioso susurrara: "están en buenas manos".



Arquitectura religiosa sobria con elementos clasicistas.



La fe institucional elevada a monumento

Casi al borde del siglo XX, en **1898**, algo cambia. El **Ángel de la Oración**, sobre el panteón de la familia Matute-Pérez, nos mira de rodillas, joven, rezando con un rosario entre las manos. Ya no hay símbolos de poder ni estructuras grandiosas. Es una figura íntima, humana. Dionisio Lasuén cincela un gesto cotidiano en mármol: rezar por los muertos. Y con él, comienza una etapa donde el sentimiento sustituye al dogma.

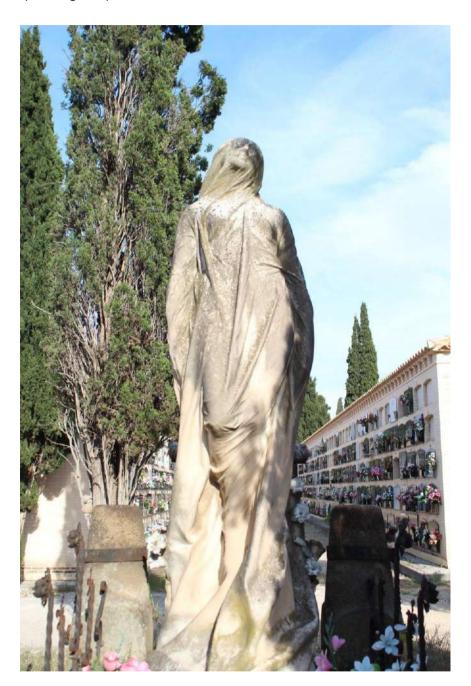


Un ángel adolescente reza con serenidad



La espiritualidad se vuelve emoción escultórica

El paso siguiente, en **1905**, nos detiene ante la sepultura de la **familia Ginés y Ginés**. "Dejando la Tierra" es más que un título: es una escena poética de despedida. Una figura ascendente parece flotar entre lo terrenal y lo etéreo. Enrique Clarasó consigue aquí una obra que no grita, pero duele. Como si el alma misma se hubiera detenido a media despedida.



Representación delicada del alma elevándose

Y justo cuando pensábamos haber sentido todo, en **1907**, encontramos otra de Clarasó: "El Tiempo", en el **panteón de los Gómez y Sancho**. El anciano alado arranca páginas de un

libro eterno. La idea del tiempo como devorador de vidas toma forma y se impone. Ya no se trata solo de muerte, sino del transcurrir inevitable de los días.



El Tiempo personificado como un anciano alado: metáfora de la fugacidad de la vida

En 1909, el arte funerario se deja seducir por el modernismo. El Panteón de las familias Murillo y Portolés lo demuestra con una composición escultural inusual: una figura señala el cielo mientras otra parece elevarse. Es un lenguaje nuevo, donde la muerte se representa como una transformación suave, casi esperanzada. Las líneas y formas son más artísticas que religiosas, y nos sugieren otra mirada: la estética como consuelo.



Modernismo funerario



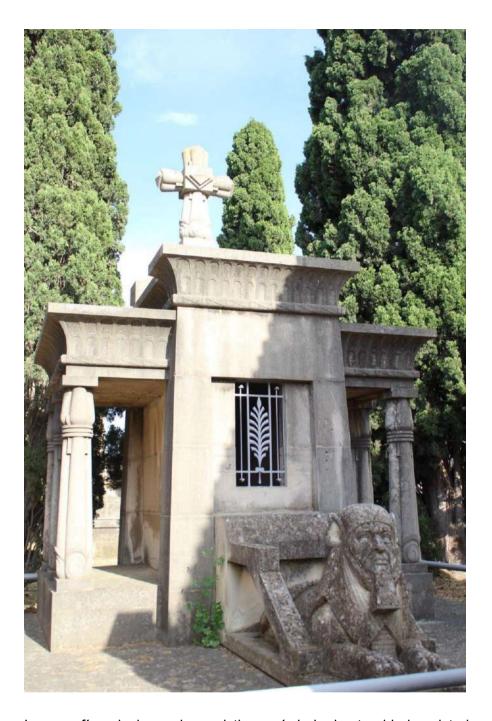
Figuras femeninas flotantes en un diálogo de resurrección y consuelo

Avanzamos a **1919**, y el tono cambia por completo. Frente al **Monumento a la Fosa Común**, la escultura ya no representa individuos, sino a todos. José Bueno Gimeno no busca belleza, sino verdad. Dos hombres desnudos cargan el cuerpo de un tercero. No hay nombre, solo humanidad. Es un homenaje a los olvidados, a los sin nombre, que también merecen arte, recuerdo y respeto.

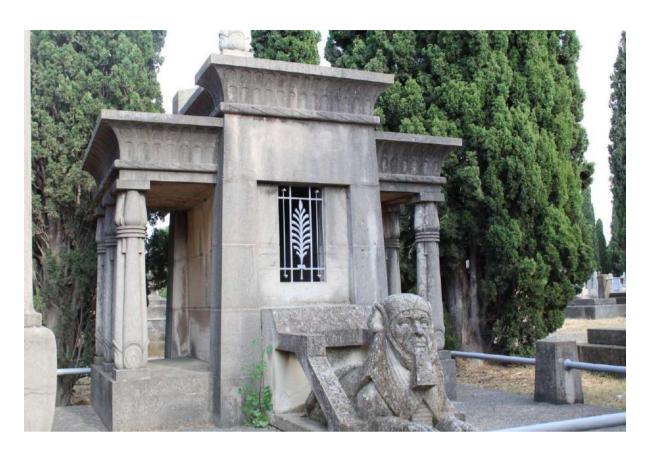


Escultura colectiva en homenaje a los olvidados

En contraste, en **1920**, el **Panteón de la familia Herrero** nos sorprende con su inspiración egipcia. Una esfinge en actitud serena, casi dormida, vigila la entrada a este pequeño templo. Es una mezcla fascinante: simbología pagana reinterpretada en clave cristiana. El gusto por lo exótico y lo eterno se une aquí en un monumento que parece mirar desde otro tiempo.



Iconografía egipcia en clave cristiana: símbolo de eternidad y misterio



Esfinge vigilando la entrada

La ruta nos lleva al **Panteón de Miguel Fleta**, de **1959**, donde la figura ya no es anónima ni colectiva, sino profundamente personal. El busto en bronce del tenor aragonés guarda silencio donde antes hubo voz. Es el homenaje a una leyenda popular, y también el recuerdo de que incluso la fama y el talento descansan, finalmente, en la misma tierra.





El busto del tenor Miguel Fleta mantiene viva su voz en la memoria colectiva de Aragón

Finalmente, en **1961**, el **Panteón de la familia Repullés de la Llata** cierra esta historia. Ya no hay ángeles ni esfinges, ni alegorías del alma. Aquí, la arquitectura se vuelve mínima, geométrica, contenida. El arte funerario ha cambiado: ya no busca impresionar, sino acompañar en silencio.





Geometría sobria y líneas modernas: el arte funerario entra en la era de la contención

Este viaje por el Cementerio de Torrero no es solo una cronología de estilos, sino un reflejo de cómo la sociedad zaragozana ha entendido el duelo, la muerte y la memoria a lo largo de casi un siglo. Cada escultura habla. Y nosotros, si sabemos mirar, podemos escuchar.